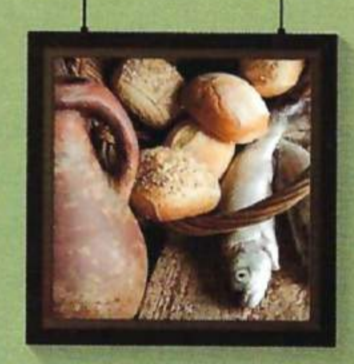
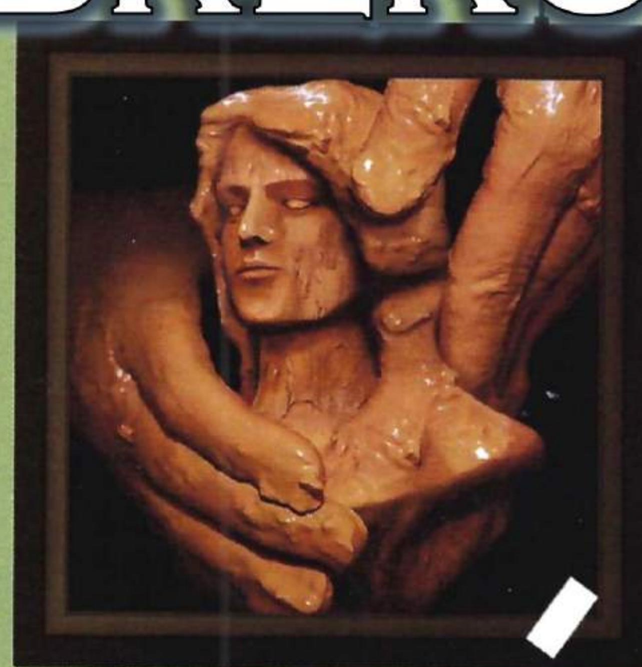
ROBERTO HERRERA







FEBRERO

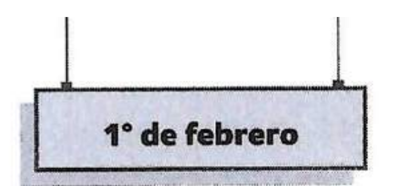


LECTURAS DEVOCIONALES PARA ADULTOS

ASÍ ES DIOS



RETRATOS DE LA GRACIA Y EL AMOR DIVINOS



Nuestro Dios es eterno

«Desde siempre y hasta siempre, desde antes de que crearas las montañas, la tierra y el mundo, tú has sido nuestro Dios» (Salmo 90: 2, TLA).

El retrato bíblico del Dios eterno siempre ha cautivado mis pensamientos. Tal vez se debe a que, como afirma la misma Biblia, Dios ha puesto eternidad en nuestros corazones, aun sin que alcancemos a comprender bien esto (ver Eclesiastés 3: 11).

Siendo adolescente en mi iglesia, a mi mejor amigo y a mí nos gustaba mucho preguntarle a su papá cómo era eso de la eternidad, y él, para explicárnoslo, nos ponía esta ilustración: «Imagínense que el globo terráqueo fuera completamente de hierro macizo, y que un pajarito carpintero se acercara cada mil años hasta ese globo para limpiar su piquito pasándolo dos veces sobre ese círculo de hierro. Cuando el pajarito termine de gastar el globo, entonces comienza la eternidad». A mí me encantaba oír esa ilustración, y mi mejor amigo y yo nos poníamos a pensar cuánto íbamos a gozar en el cielo por la eternidad. Incluso llegamos a decir: «Ojalá que al pajarito se le olvide unas cuantas veces venir a limpiar su piquito aquí».

Lo que quiero decir con esto es que, aunque hablamos de la eternidad, en realidad no podemos entenderla, por muy buenas que sean las ilustraciones que usemos para intentarlo. La eternidad es algo que nos atrae, pero al mismo tiempo nos sobrecoge y abruma. ¿Por qué? Porque los seres humanos somos finitos, temporales, así que no tenemos experiencia alguna con la eternidad. Entre nosotros, si alguien vive ochenta o noventa años ya consideramos que ha vivido mucho, pero ¿qué es eso comparado con la eternidad? Consideramos las pirámides de Egipto una de las maravillas del mundo porque tienen más de tres mil años de existencia, pero ¿qué es eso comparado con un pajarito que se acerca a la Tierra una vez cada mil años?

El Salmo 90, escrito por Moisés, nos recuerda que nuestro Dios es el único que habita en la eternidad. Él no tiene comienzo, porque existe desde antes de que la Tierra fuera creada. Él es antes que las montañas, el mar, el aire, el agua... Y no tiene fin, «es hasta siempre». Frente a este hecho tan maravilloso e incomprensible para la mente finita, ¿no te parecería absurdo que nos dedicáramos a pensar y a vivir para las cosas de este mundo, poniendo en riesgo la posibilidad de vivir por la eternidad? Aun si el mal diera felicidad (lo cual es imposible), ¿tendría sentido cambiarlo por la felicidad que Dios nos ofrece por la eternidad?

Que Dios nos ayude a vivir con la eternidad en nuestras mentes y en nuestros corazones.

Dios habita en la eternidad

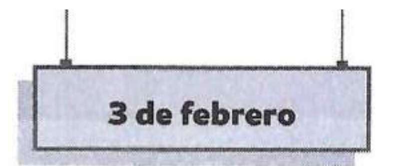
«Ciertamente mil años delante de tus ojos son como el día de ayer, que pasó, y como una de las vigilias de la noche» (Salmo 90: 4).

Al leer el Salmo 90, escrito por Moisés, hombre de Dios, vemos que la relación que tiene Dios con el tiempo no es como la que tenemos los seres humanos. Contrario a lo que sucede con nosotros, Dios no se encuentra sometido al paso del tiempo, sino que vive en un eterno presente. Dios es eterno, nosotros transitorios (pasajeros, temporales, fugaces), como bien dice el subtítulo del Salmo. Para Dios, mil años son como para nosotros el día de ayer que ya pasó, porque para él no hay pasado ni futuro, como sucede en nuestro caso. Nosotros somos como «la hierba, que en la mañana florece y crece; a la tarde es cortada y se seca» (vers. 5-6); él, en cambio, es infinito.

Nosotros pensamos y actuamos como lo hacemos porque sabemos que solo contamos con 24 horas al día, 30 días al mes,12 meses al año y, previsiblemente, llegaremos a vivir unos setenta u ochenta años. Dios piensa y actúa como lo hace porque es eterno, y tiene un plan para nosotros que abarca la eternidad, no solo el día de hoy, los próximos años o una generación (vers. 1). Dios no está sujeto a presiones, apuros, demoras ni estrés, porque nada de eso existe en la eternidad.

El tiempo, tal como lo conocemos y entendemos los seres humanos, no existía antes de que Dios lo creara. El tiempo es una medida que se necesita donde las cosas cambian, se transforman o dejan de ser; pero Dios es «el que habita la eternidad» (Isaías 57: 15). Un estudioso del tema explica que, desde una perspectiva antropológica, el ser humano, por su constitución corpóreo-espiritual, es el único capaz de percibir el tiempo, de asumirlo y de darle un significado. Y desde una perspectiva teológica, el tiempo es el medio a través del cual Dios quiere realizar su designio de salvación con nosotros, sus criaturas.

Gracias, Padre, por el privilegio que nos das de tener un Dios que no es afectado por el tiempo. Hoy, elevamos a ti esta oración parecida a la de Moisés: *Señor, siendo que tú eres eterno, infinito y trascendente,* «enséñanos de tal modo a contar nuestros días que traigamos al corazón sabiduría» *(vers. 12). Permite que podamos vivir de tal manera que este fugaz tiempo que nos concedes en tu bondad pasar aquí en esta tierra sea la preparación para una eternidad a tu lado. Amén.*



Dios en primer lugar

«Si Jehová no edifica la casa,
en vano trabajan los que la edifican»
(Salmo 127: 1).

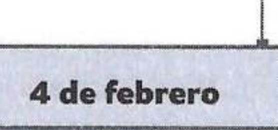
Ese día que fui a visitar a mi amigo, al instante pude ver la tristeza en sus ojos. Yo ya sabía la razón: él había dedicado muchos meses a cultivar unas tierras con la esperanza de obtener una buena cosecha, pero lo único que había cosechado había sido pérdida y frustración. Esto mismo lo he visto suceder muchas veces, no solo a amigos y personas que conozco, sino que he leído sobre ello en el periódico, lo he visto en la televisión, lo he escuchado en la radio... Día tras día se repite la experiencia de quien intenta edificar algo con esfuerzo e ilusión, solo para terminar viendo cómo se va por la borda.

¿Te has fijado en que los seres humanos siempre estamos tratando de edificar algo? Dios ha puesto en nosotros el deseo de prosperar. Pero Dios también nos recuerda que él es la fuente de la verdadera prosperidad; por tanto, todo plan que hagamos de edificar algo sin tomar en cuenta al Arquitecto divino será un esfuerzo en vano. La Biblia es muy clara al respecto: «Si Jehová no edifica la casa, en vano trabajan los que la edifican».

Debemos tomar en cuenta seriamente el Salmo 127, pues ninguno de nosotros está libre de caer en el error de intentar edificar sin poner a Dios en primer lugar. Aunque tratemos de hacer lo mejor que podamos, aunque pongamos todo nuestro empeño en lo que hacemos, aunque no necesariamente estemos edificando de manera inmoral o incorrecta, si intentamos edificar sin Dios, aunque sea por descuido, nada de lo que hagamos permanecerá.

Jehová se nos retrata en este Salmo como el Edificador por excelencia. Por eso se nos advierte que no seamos de esas personas que hacen sus planes, toman sus decisiones y viven sus vidas sin consultar la voluntad de Dios. Trabajan de sol a sol, se levantan de madrugada, vuelven tarde a descansar y comen un pan ganado con sudor, pero olvidan lo más importante: separados de Dios, nada podemos hacer (ver Juan 15: 5).

Necesitamos poner a Dios como el fundamento de todos nuestros planes, decisiones y esfuerzos. La buena vida es la que se vive en sociedad con Dios. Así como el que cultiva la tierra necesita que Dios envíe la lluvia, haga brillar el sol y dé el crecimiento a la semilla, así también todos necesitamos las manos expertas del divino Edificador, para que le dé forma a nuestra vida y edifique nuestra casa.



El Dios que está de nuestro lado

«Jehová está conmigo;
no temeré lo que me pueda hacer el hombre»
(Salmo 118: 6).

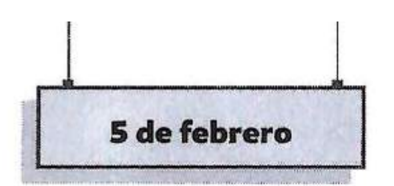
La lista de personas que han sido perjudicadas por otras personas nos incluye a todos. Y es que, en lo que a la maldad se refiere, el ser humano es experto. Dondequiera que miremos podremos darnos cuenta de cómo nos dañamos los unos a los otros. Si nos detenemos a pensarlo, da miedo.

Sí, hay razones más que sobradas para que muchos hijos vivan con miedo a lo que puedan hacerles sus padres; para que muchos hombres y mujeres sean renuentes a entregar su amor a alguien por miedo a ser traicionados de nuevo; para que muchos ciudadanos de bien teman a quienes los gobiernan o tienen autoridad sobre ellos; para que cualquiera simplemente tema lo que pueda hacerle un desconocido desalmado. En el Salmo 118: 6, el autor inspirado reconoce la capacidad humana para el mal, pero lejos de quedarse en un mero reconocimiento de ese trágico hecho, nos da un mensaje vital: «¡Dios está de nuestra parte!».

No tenemos que vivir a la defensiva ni atemorizados porque existan personas que pueden hacernos mal. No debemos poner los ojos en los malvados ni en lo que ellos hacen o planean hacer; no tenemos que dar vueltas a la idea de que nuestra vida o nuestro futuro dependen de que alguien quiera perjudicarnos; porque hay una seguridad que podemos tener, una dulce convicción a la que nos podemos entregar, un pensamiento al que podemos ceder el control de nuestra mente: Dios está de nuestra parte, está de nuestro lado, está con nosotros.

En esta lucha entre el bien y el mal, no estás solo, estás con Dios. Puedes y debes confiar en que el poder más grande en el universo está a tu favor. Él dio la vida de su único Hijo para salvarte, y estoy seguro de que, junto con la salvación, te dará también todo lo que te falte conforme a sus riquezas en Cristo (ver Filipenses 4: 19).

Un día, Dios nos llevará a vivir a un mundo perfecto, donde nadie nos dañará ni dañaremos jamás a nadie. Mientras tanto, el hombre puede hacer cosas que te dañen y te duelan, pero no has de vivir atemorizado pensando en esa posibilidad. ¿Por qué? Porque Dios está contigo todos los días, hasta el fin del mundo (ver Mateo 28: 20), para ayudarte, defenderte y cuidarte. «Ciertamente el enemigo vendrá como un río caudaloso, pero el espíritu del Señor desplegará su bandera contra él» (Isaías 59: 19, RVC).



El Dios omnipresente

«¿A dónde me iré de tu espíritu?
¿Y a dónde huiré de tu presencia?»
(Salmo 139: 7).

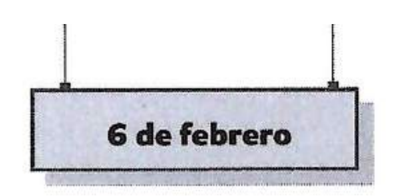
En el retrato de Dios que nos muestra el Salmo 139 vemos que él es omnipresente. La omnipresencia es la cualidad divina de estar en todas partes y junto a todas las personas al mismo tiempo y en todo momento. No hay lugar donde podamos ir donde él no esté.

Al igual que sucede con otros aspectos de la naturaleza de Dios, su omnipresencia excede nuestra capacidad de entendimiento; pero, a pesar de las limitaciones de nuestra razón, a Dios le place revelarnos en palabras humanas esta cualidad suya. Siendo el ser infinito que es, Dios no solo no se ve limitado por el tiempo, sino tampoco por el espacio. El Señor lo cubre todo, lo llena todo, está en todo y por todos, y quiere que lo sepamos, porque esta verdad tiene el potencial de producir cambios en nuestra relación con él y en la forma en que encaramos la vida diariamente.

El hecho de que la Biblia nos revele que Dios es omnipresente nos enseña o nos recuerda que vivimos en un planeta dominado por una realidad espiritual. Aun cuando muchas personas conciben el mundo desde una perspectiva meramente materialista, la Biblia nos comunica la existencia de realidades espirituales que, si bien no podemos verlas, oírlas ni sentirlas, están ahí. Lo espiritual es totalmente abarcante y determina en última instancia todo lo que ocurre en la esfera material. Dios está en todas partes y con cada persona en este mundo, independientemente de que sean conscientes o no de esta realidad, o de que quieran o no aceptarla.

Aun cuando la omnipresencia de Dios es una gran noticia para los moradores de la tierra, no deberíamos creer ni enseñar que esta realidad nos librará de pasar por momentos de tristeza o por tragedias sin sentido. De hecho, el mismo Salmo 139 nos dice que «aun las tinieblas no encubren de ti» (vers. 12); en otras palabras: en la oscuridad más oscura que nos toque atravesar en esta vida, allí estará Dios, acompañándonos. Debemos recordar que la existencia del pecado y de Satanás representan la otra cara de la realidad espiritual de este planeta. El enemigo sigue dedicándose a sembrar tristeza y destrucción.

Creyendo en el Dios omnipresente nunca nos sentiremos solos ni desamparados; dondequiera que la vida nos lleve o que nosotros decidamos ir, tendremos la seguridad de que Dios *está* ahí, con y por nosotros. No hay lugar, ni tiempo, ni circunstancias que puedan escondernos de su presencia.



Dios es el Libertador

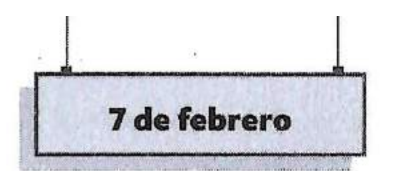
«Fortaleza mía y mi libertador»
(Salmo 144: 2).

La peor esclavitud del ser humano es la esclavitud a la que nos somete el pecado. Seguramente por eso la Biblia insiste tanto en retratar a Dios como nuestro Libertador (ver Salmo 40; Colosenses 1: 13-14; Romanos 8: 1-2; Efesios 2: 1-5; Apocalipsis 1: 5). Una vez nos sabemos y sentimos libertados por Dios, cambia nuestra actitud, nuestra manera de entender y de vivir la vida. El agradecimiento por esa liberación nos convierte en nuevas criaturas.

Sin embargo, a veces nos cuesta aceptar a Dios como nuestro libertador, porque pensamos que eso implica reconocer una nueva condición de esclavitud: la «esclavitud» de la obediencia a la ley de Dios. Tememos que eso vaya a coartar nuestras vidas, impidiéndonos vivir felices, porque tenemos un concepto erróneo de lo que es la libertad en Cristo. Nos parece que seguir a Cristo reduce lo que podemos hacer. Y si bien es cierto que, bíblicamente hablando, el ser humano es esclavo del pecado para perdición, o esclavo de la justicia para vida eterna (ver Romanos 6: 16), el mismo Pablo explica en el versículo siguiente que el servicio a Dios es voluntario, de corazón, nacido del agradecimiento por la manera en que nos liberó: «Aunque erais esclavos del pecado, os hicisteis obedientes de corazón» (Romanos 6: 17, LBLA). Sería un error decidir seguir siendo esclavos de la condenación del pecado, que ha decretado la muerte sobre nosotros, y de su dominio sobre nuestro ser, que nos convierte en personas que tienden naturalmente hacia el mal.

Tal vez la esfera de nuestra vida en que más podemos disfrutar la obra liberadora de nuestro Dios es en la lucha que libramos contra nosotros mismos, contra eso que llamamos el yo: nuestros pensamientos, actitudes, sentimientos y actos que sabemos que no se ajustan a la voluntad de Dios, que a pesar de que no deseamos verlos en nosotros, siguen ocurriendo. Es en el campo de batalla de la mente donde el poder libertador de Dios gana las más hermosas y grandes batallas, y logra convertir al pecador en santo, al borracho en sobrio, al mentiroso en veraz, al orgulloso en humilde, al infiel en fiel, y al perdido en salvado. Todo esto es hecho por Cristo y en Cristo; todo eso es la verdadera libertad.

En la cruz del Calvario, Cristo venció a Satanás, derrotando así a todos los poderes del mal, el pecado y la muerte. «Estad, pues, firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres y no estéis otra vez sujetos al yugo de esclavitud» (Gálatas 5: 1).



Un Dios poderoso y confiable

*«Bueno es Jehová para con todos,
y sus misericordias sobre todas sus obras»
(Salmo 145: 9).*

Siendo que Dios es la fuente de la sabiduría, de la vida y del gozo, es edificante que nos fijemos en cómo el Señor dirige y mantiene toda su obra creadora. Como bien dijo el salmista: «Los cielos cuentan la gloria de Dios» (Salmo 19: 1); Dios ha revestido de su gloria el firmamento, así como el resto de la creación. Por eso podemos decir que la naturaleza es uno de los más poderosos testimonios acerca del amor de Dios por nosotros, y uno de los retratos más maravillosos de quién es él.

Muchas veces, cuando pensamos y hablamos de la creación, nos limitamos a tomar en cuenta únicamente el proceso que trajo a la existencia todo lo que nos rodea; pero tan impresionante como ese proceso de siete días que tuvo lugar en el origen mismo de nuestro planeta, es también el hecho de que Dios sigue cuidando de todo lo creado, sigue haciendo que toda la creación funcione y funcione bien, sigue logrando minuto a minuto que haya orden y propósito en lo creado. Ese es el tipo de Dios que el Salmo 145 retrata para nosotros.

¿Has reflexionado en cómo Dios lo creó todo en tal forma que se adapta perfectamente a las necesidades, no solamente de cada ser humano, sino de todos los seres vivientes? ¿Has reflexionado en cuánto poder y bondad tiene Dios para dar alimento a todas las criaturas que existen? ¿Te has detenido a pensar en lo bueno que es Dios al darnos el sol cada día para que nos alumbre y nos caliente? ¿Y en cuán misericordioso es cuando hace que la lluvia refresque la tierra y la haga fértil?

¿Crees que podrías tú hacer el trabajo que hace Dios, es decir, estar pendiente de que haya día y noche, primavera y verano, y de que las estrellas y los astros no choquen, sino que cada uno siga un curso fijo? ¿Podrías estar pendiente de que cada avecilla consiga su alimento, cada flor nazca y se reproduzca, cada gusano llegue a ser mariposa, y cada animal tenga qué comer? ¿Y podrías estar pendiente al mismo tiempo de todas las necesidades de los casi ocho mil millones de habitantes de este planeta que dependen de la bondad y la misericordia divinas?

¿Acaso no es Dios poderoso? ¿Qué opinas de la bondad y la misericordia que se reflejan en su obra creadora? ¿Crees que puedes confiarle a ese maravilloso Dios la dirección de tu vida?



El verdadero dueño

«De Jehová es la tierra y su plenitud, el mundo y los que en él habitan» (Salmo 24: 1).

Piensa en la persona más rica sobre la cual hayas leído u oído hablar. Si eres de los que da seguimiento a ese tipo de datos, sabrás que los nombres de quienes se disputan ese puesto cambian cada año. Pero por muy ricos que puedan llegar a ser, ninguno de ellos es dueño de un país o una ciudad. Y aunque pudieran algún día llegar a serlo, jamás podrían igualar las riquezas de Dios.

Los derechos del Señor como propietario lo abarcan todo: de él es la tierra y toda su plenitud. ¡Qué retrato de Dios! Él es rico, pero rico de verdad. Dios es el dueño del planeta y de todo lo que hay en él: dueño de los mares, de los ríos, del sol, de la luna, del aire, de los animales y de todo metal precioso. Y lo más importante: Dios es dueño de todos los seres humanos, incluidos los más ricos.

Si Dios es dueño de todo y de todos, debemos entender que nuestra función en este mundo no es la de propietarios, porque ya todo tiene su dueño, que es Dios. Nuestro papel es el de administradores de lo que él nos da o nos permite adquirir. Nuestra manera de usar lo material tiene límites. Debemos asegurarnos de que el Dueño esté de acuerdo con la manera en que administramos.

Si Dios es el dueño de todo, no deberé sorprenderme si un día me pide cuentas de cualquier cosa de su propiedad, incluyendo mi propia persona. De hecho, no solo no deberá sorprenderme, sino que debo esperarlo, pues Romanos 14: 12 dice claramente «que cada uno de nosotros dará a Dios cuenta de sí». Por eso no debo estar centrado en tener cosas que pertenecen a Dios, sino en estar conectado con el Dueño para tener acceso a todo a través de él.

Debo también aceptar que Dios no necesita nada de mí. Si alguna vez me pidiese algo, sabré que lo hace con algún propósito a mi favor, no por necesidad o para beneficiarse. Y, por supuesto, puedo confiar completamente en su capacidad para suplir cualquier necesidad que se me presente, porque sus recursos son ilimitados.

¿Qué Dios como este? ¿Te atreves a cambiarlo? ¿Te atreves a ignorarlo? ¿Te atreves a cortar tu relación con él? ¿O sientes el deseo de darle gracias por dejarte ser su hijo, por amarte y por compartir contigo todas sus bendiciones?

El Dios que hace justicia

«¿No hará Dios justicia a sus escogidos, que claman a él día y noche? [...] Les digo que pronto les hará justicia» (Lucas 18: 8, NBLA).

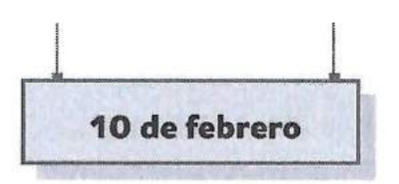
La parábola de la viuda y el juez injusto está diseñada para ayudarnos a entender nuestra necesidad de orar a Dios con persistencia, clamando a él día y noche. Todos estamos de acuerdo en que hay que orar, pero no todos lo hacemos con persistencia. Dios quiere que sepamos que esa es una cualidad de la oración efectiva.

Pero el mensaje de la parábola no es que oremos tanto que logremos que Dios se canse y por eso nos responda. Aun cuando eso fue lo que hizo el juez de la parábola, ese juez no representa a Dios, puesto que era un juez injusto. Jesús lo usa para mostrarnos un contraste con el carácter de Dios. Hemos de entender la perseverancia en la oración no en el sentido de que la oración perseverante pueda cambiar en algo la justicia de Dios, sino de que nos pone a nosotros en sintonía con Dios y su voluntad.

Cuanto más perseveramos en la oración, más nos acercamos al ideal de Dios para nosotros. Si a veces dejamos de orar porque no estamos seguros de que lo que estamos buscando o pidiendo a Dios sea conveniente, recordemos que es por eso que Dios quiere que seamos insistentes en la oración: porque lo más importante no es conseguir lo que queremos, sino que nuestro corazón llegue al punto en que se ponga en sintonía con la justicia de Dios.

Dios nos exhorta a no dejarnos vencer en nuestros esfuerzos por recibir su bendición. Muchas veces, las circunstancias nos sugieren que dejemos de orar, de insistir, pero, si abandonamos, podríamos estar abortando el proceso mediante el cual Dios quiere producir cambios en nosotros. La viuda insistió porque consideraba que su causa era justa, no se dedicó a fijarse en la actitud del juez. Se aferró a la justicia y no se detuvo hasta que la obtuvo. Muchas veces dejamos de orar porque pensamos que no va a pasar nada, pero Dios dice en esta parábola que nos hará justicia, lo cual significa que la oración cambia las cosas.

Dios nos pide persistencia en la oración porque él es un Padre justo, que no tardará en hacer justicia a sus hijos; por eso sus hijos podemos tener fe en él. La justicia de Dios produce fe en nosotros; esa fe nos permite perseverar en la oración; y la oración pone nuestro corazón en sintonía con Dios. ¿Tendremos la fe para perseverar?



Dios cambia el lamento en gozo

«Cuando el Señor la vio, se compadeció de ella y le dijo: "No llores"» (Lucas 7: 13).

El suceso relatado en el pasaje de hoy se produjo un día en que Jesús visitó una aldea llamada Naín. Al llegar, se encontró con una procesión fúnebre en la que una pobre viuda llevaba a enterrar a su único hijo. El cuadro no podía ser más triste. Todos los vecinos de la mujer habían salido a acompañarla en su peor momento y a ayudar con el féretro; sin embargo, nadie podía quitarle el dolor punzante, la tristeza profunda y la soledad total.

Entonces, Jesús la vio y se compadeció de ella. Esta declaración nos dice que Dios se fija en nosotros, ve lo que nos sucede y, especialmente en los momentos de dolor, quebrantamiento y soledad, se compadece. Jesús mostró que Dios no se oculta de los que sufren, no da la espalda a los que están en tribulación; lo natural en Dios es tratarnos con misericordia y ayudarnos cuando nos ve en dificultades.

Cuando la Biblia dice que Jesús se compadeció de la mujer nos está diciendo que hizo algo más que sentir lástima. «Se compadeció» significa que la compasión que sintió lo llevó a hacer algo, a involucrarse en la situación para tratar de ayudar. Los cristianos tenemos un Dios que, aunque no nos ha prometido eliminar los problemas y las dificultades mientras estemos en este mundo, sí nos ha dado la garantía de que él será nuestro amparo y fortaleza en medio de ellos (ver Salmo 46: 1). Cuando Dios nos ve sufriendo no nos deja abandonados, sino que nos brinda su ayuda.

Movido por la compasión, Jesús le dijo a la viuda: «No llores». Extrañas palabras de ánimo para alguien que va rumbo al cementerio a dejar enterrado allí al único familiar que le queda. ¡Qué más puede hacer una mujer que ha perdido a su marido y a su único hijo! Pero las palabras de Jesús, «no llores», eran mucho más que palabras: eran un anuncio, para la sufriente mujer, de que él haría que las cosas fueran diferentes, él cambiaría el rumbo de su vida, porque él estaba allí.

¡No llores por la muerte, que aquí está la vida! Así como ese día, en una pequeña aldea llamada Naín, una mujer que lloraba de dolor volvió a su casa feliz, con las manos llenas y con una fe en Dios más grande que nunca, así hoy, ahí donde tú estás y en medio de tu dolor, Jesús cambiará tu lamento en gozo.

11 de febrero

Dios no impone su presencia

«Entonces toda la multitud de la región alrededor de los gadarenos le rogó que se alejara de ellos, pues tenían gran temor. Entró, pues, Jesús en la barca y se fue» (Lucas 8: 37).

Jesús partió con sus discípulos hacia la región de Gadara. Una vez en «tierra de los gadarenos» (Lucas 8: 26), tuvo un primer encuentro con un hombre violento y sin ropa que llevaba años siendo oprimido por los demonios. Como Jesús no acepta que el enemigo abuse de las personas en su presencia, ordena al espíritu impuro salir de inmediato del hombre. La legión de demonios que habían entrado en él sabía que no podían resistirse a una orden directa de Dios, y lo único que consiguieron fue que se les permitiera ir a posesionarse de un hato de cerdos, a los cuales destruyeron en el acto.

Los que apacentaban los cerdos vieron y oyeron lo sucedido, y salieron despavoridos a contarle a todo el mundo lo que acababa de suceder. Sabían que, para Gadara, aquella era una gran catástrofe económica, puesto que los bolsillos se habían visto afectados por la pérdida de los cerdos. Así que muchos llegaron rápidamente para constatar si, en efecto, su capital se había ido por el despeñadero y perdido para siempre junto con los cerdos. Cuando llegaron, encontraron a Jesús y al hombre que había estado endemoniado y ahora estaba en sus cabales, pero no vieron señales ni de los demonios ni de los cerdos. Entonces, frente al despliegue de poder de Dios, que había llevado liberación a su territorio, sintieron temor. Al parecer, hicieron algunos cálculos y llegaron a la conclusión de que les era más favorable pedirle a Jesús que se fuera.

El que con solo hablar a los demonios los derrotó; el que devolvió a una vida con propósito a un hombre que por años había sido oprimido por las fuerzas del mal; el que horas antes se había enfrentado a un mar embravecido y había ordenado al viento que cesara; ahora, frente a un grupo de personas atemorizadas, confundidas y totalmente equivocadas, decide entrar en la barca e irse. ¿Por qué? Porque Dios respeta el libre albedrío con el que creó al ser humano; porque nunca impondrá su presencia en la vida de nadie.

Dios vendrá a ti, te encontrará ahí donde estás, te liberará y te ayudará, y estará dispuesto a quedarse contigo para siempre. Pero si tú le pides que se vaya, o si decides no abrirle la puerta de tu corazón, respetará tu decisión. ¿Le dirás a Jesús que se quede?



Un Dios que es generoso con todos

«Jesús dijo: "Alguien me ha tocado,
porque yo he sentido que ha salido poder de mí"»
(Lucas 8: 46).

Yendo Jesús de camino hacia la casa de un funcionario judío que le había pedido ayuda, una mujer tocó el borde de su manto. La mujer padecía un flujo de sangre desde hacía doce años, y estaba desesperada. La respuesta de Jesús revela que Dios es un ser generoso, que comparte sus bendiciones con todos.

Aun cuando Dios pueda estar rodeado de una multitud que lo oprime, su carácter y su plan no cambian: él siempre está involucrado en la obra de bendecir a las almas, salvarlas y liberarlas del poder del enemigo. No hay muchedumbre, opresión, circunstancia, ruido ni entorno que impida que Dios se dé cuenta del grito de auxilio de uno de sus hijos. Nadie puede ser realmente bendecido; nadie puede recibir verdadera ayuda; nadie consigue mejorar completamente o sentir auténtica liberación, sin que Dios intervenga. Las bendiciones siempre traen la firma de Dios.

De pronto, Jesús hace un comentario extraño: «Alguien me ha tocado» (Lucas 8: 46). Pedro se apresura a hacerle ver cuán tontas parecen sus palabras, pero Jesús sabe con qué intención las ha dicho: mostrar que existe una gran diferencia entre un toque casual y un toque de fe. Él notó, y nota, la diferencia.

Jesús aclara entonces la situación: poder divino acababa de salir de él, por tanto, alguien acaba de ser bendecido por haber puesto su fe en Jesús. Alguien se había refugiado bajo el estandarte de Cristo, y él quería identificarlo, para luego darle todo lo que tenía reservado para esa persona. Cuán reconfortante es saber que Dios no pone restricciones a la hora de compartir su poder con quienes lo buscan con fe. La fe es el medio que permite a Jesús actuar para salvación. Aun cuando fuera caminando, aun cuando no estuviera hablando con la persona ni mirándola a los ojos, Dios es tan generoso que, al toque de la fe, derrama bendición sin límites.

Y allí estaba, la que le había tocado el manto, la que había recibido la bendición, la que había sido sanada por nuestro generoso Dios; y ahora también confesaba. Completado el proceso, Jesús le dijo: «Tu fe te ha salvado; ve en paz» (Lucas 8: 48). Dios compartió con ella sus bendiciones, y ella compartió con los demás su testimonio. Ese día todos regresaron a sus casas bendecidos.

Tenemos un Dios que lo ha compartido todo con nosotros, sin reservarse nada. Reconozcámoslo y compartamos sus bendiciones con los demás.

El Dios que se goza en salvar

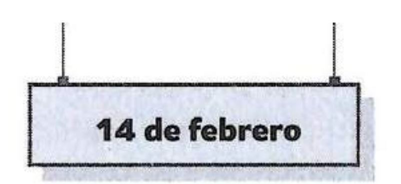
«El Hijo del hombre no ha venido para perder las almas de los hombres, sino para salvarlas» (Lucas 9: 56).

Con demasiada frecuencia, tendemos a ver las cosas en términos de blanco o negro, lo cual nos lleva a definir las situaciones de forma rígida. Así, por ejemplo, lo que no nos sirve en una ocasión, lo desechamos para siempre; a quien no nos apoya en una situación, lo tachamos de contrario y nunca más lo tomamos en cuenta (si lo eliminamos del mapa, mejor); y si sentimos que alguien nos menosprecia, deseamos que pague caro por ello. Condicionados por esta forma de pensamiento radical y polarizado, tomamos decisiones y asumimos actitudes contrarias al evangelio.

Al parecer, algunos de los discípulos de Cristo habían caído en este error de pensamiento. Indignados por el rechazo que habían recibido en una aldea de Samaria, Santiago y Juan, sin ningún tipo de disimulo, le pidieron a Jesús que les permitiera orar para que cayera fuego del cielo que quemara a aquellos habitantes paganos. «¿Cómo se han atrevido a rechazar a Jesús negándole alojamiento?», se preguntaban; y razonaban que gente tal no merecía la salvación. Ni siquiera se detuvieron a pensar que semejante método no era el idóneo para evangelizar. Con su respuesta, Jesús nos muestra un certero retrato del carácter de Dios: «No he venido a quitarle la vida a nadie, sino a salvársela a todos». La obra de destrucción no es divina; Dios está ocupado en salvarnos a todos, sin excepción.

Dios no desea que nadie se pierda, sino que todos nos convirtamos y vivamos (ver Ezequiel 18: 32). Él jamás se complace en la destrucción de un ser humano, por muy malvado que sea. Lo que alegra el corazón de Dios es «que todos procedan al arrepentimiento» (2 Pedro 3: 9). Por eso, la solicitud de los discípulos estaba totalmente alejada del carácter y los planes de Dios. ¿Y nosotros? ¿Será que elevamos al Cielo oraciones condicionadas por un pensamiento polarizado, rígido, de blanco o negro? ¿Será que creemos en el perdón para nosotros, pero no para otros que, en nuestra visión distorsionada, han ido demasiado lejos con sus acciones?

El Dios a quien servimos no es un tirano que se goza en eliminar a los que le son contrarios. Mantengamos siempre en mente la seguridad de que Dios está a nuestro favor y no en nuestra contra. Él nunca hará cosa alguna para la destrucción de un ser humano, pero sí lo hará todo para nuestra salvación. Para eso vino a esta tierra y en esa obra se sigue ocupando.



El Dios que conoce todas nuestras necesidades

«No os angustiéis, pues, diciendo: "¿Qué comeremos, o qué beberemos, o qué vestiremos?", porque los gentiles se angustian por todas estas cosas, pero vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas ellas» (Mateo 6: 31-32).

Robert H. Pierson contó la historia de un pastor que sintió la profunda impresión de que un miembro de su iglesia necesitaba ayuda. Después de orar, sintió que la impresión se hacía más fuerte y específica, porque llegó a su mente la idea de una cantidad concreta de dinero que debía darle. Tres días después, el pastor se encontró con el hombre en la oficina de correos y, tras saludarlo, decidió abordar con cuidado la situación.

—Hermano, ¿va todo bien? ¿Tiene algún problema en particular?

—¿Qué quiere usted decir? —replicó el hermano.

—Bueno, quisiera saber si necesita usted algún dinero.

—¿Por qué me lo pregunta? —dijo, asombrado, el hermano.

Entonces el pastor le hizo saber que, mientras oraba, había sentido que Dios le estaba indicando que él necesitaba ayuda económica. Luego, el hermano le preguntó:

—¿Le indicó el Señor alguna cantidad determinada?

—Sí —respondió el pastor, revelando por primera vez la cantidad que había estado dando vueltas en su mente.

Las lágrimas comenzaron a correr por las mejillas de aquel miembro de iglesia, mientras extraía de su billetera un papel que decía: «Señor, tú sabes que necesito este dinero de aquí a tres días. Creo que me ayudarás».

Me resulta muy fácil creer esta historia, gracias a lo que me enseña el texto de hoy con respecto a cómo es Dios: «Nuestro Padre celestial *sabe* que tenéis necesidad de todas estas cosas». Nuestro Dios es alguien a quien podemos ir a pedirle que nos ayude, con la seguridad de que lo hará, porque él conoce todas nuestras necesidades, y provee para ellas en formas que ni esperamos ni imaginamos posibles. Formas que no entendemos, que nos dejan perplejos o simplemente llorando de emoción, alegría y gratitud.

A veces, aun cuando sabemos que alguien es bueno con nosotros y que nos ayudará si se lo pedimos, sentimos vergüenza de ir a contarle nuestra necesidad; pero Dios lo sabe todo acerca de ti, así que no hay razón para sentir vergüenza de acudir a él. ¡Qué lindo es tener un Dios así!

Lo más importante para Dios

«No os regocijéis de que los espíritus se os sujetan, sino regocijaos de que vuestros nombres están escritos en los cielos» (Lucas 10: 20).

Luego de haber enviado a un grupo de sus discípulos a su primera jornada misionera sin su supervisión directa, Jesús se reunió con ellos para recibir el informe de lo que había sucedido y para seguir formándolos. Al parecer, todo les había ido bien, y les había gustado la experiencia. Especialmente les había agradado ver cómo el poder de Dios obraba a través de ellos para sujetar a los demonios en nombre del Señor. Jesús, por su parte, los animó, les confirmó que ciertamente había visto cómo el enemigo estaba airado por lo que habían hecho, y les reafirmó también que había puesto su poder a disposición de ellos, para ayudarlos a someter a las fuerzas del enemigo. Entonces, Jesús dijo otra cosa que nos muestra un retrato de cómo es Dios.

Parafraseando las palabras del Maestro, dijo: «Aunque están contentos y emocionados, no quiero que lleguen a pensar que lo más importante es lo que ustedes hicieron para Dios o los logros que obtuvieron para su gloria. Lo más importante, y el principal motivo de gozo, debe ser lo que Dios ha hecho por ustedes al inscribir sus nombres en el libro de la vida. La verdadera razón para regocijarse no es que ustedes tengan poder sobre el enemigo, sino que el enemigo ha dejado de tener poder sobre ustedes gracias a Cristo».

Aquí Jesús nos muestra que, para Dios, el llamado va primero que el ministerio. Lo que somos en Cristo es más importante que lo que hacemos para Cristo. Dios está más interesado en la relación que tenemos con él, que en los logros que alcanzamos en su nombre. Y cuando nos da la oportunidad de servirle o de trabajar con él, su propósito es que eso nos ayude a desarrollar una relación de amor y obediencia más profunda con él.

Al parecer, a Jesús le hubiera gustado escuchar a los discípulos decir: «Durante este viaje, hemos podido entender mejor el amor del Padre por nosotros y el privilegio de servirte a ti, y estamos más resueltos a amarte y obedecerte». Sin embargo, los discípulos se conformaban con haberle propinado unos cuantos golpes a Satanás.

Si logras algo hoy, alégrate y dale la gloria y el crédito a Dios; pero si no logras nada extraordinario, recuerda que tu salvación no depende de eso, sino de lo extraordinario que Cristo hizo ya por ti, y que te convierte en ciudadano del reino de los cielos.



Dios nos enseña a amar a todos

«Entonces Jesús le dijo: "Ve y haz tú lo mismo"»
(Lucas 10: 37).

Aquella oportunidad de aclarar conceptos erróneos se la brindó a Jesús un intérprete de la ley, que le preguntó: «¿Quién es mi prójimo?» (Lucas 10: 29). «Respondiendo Jesús», contó la parábola del buen samaritano, para llevarnos a recapacitar en cuanto a la forma en que expresamos nuestra fe, y al hecho de que «el prójimo» no se define en términos de pertenencia a un grupo, sino de llamado a la acción por el bien de otro ser humano.

En tiempos de Jesús, los fariseos, los saduceos y los intérpretes de la ley habían reducido la religión a una cuestión de conocer, repetir y enseñar la letra de la ley. Esta manera de pensar les dejaba poco tiempo para preocuparse por cumplir el espíritu de la ley; en consecuencia, sentían que su religión los excusaba de mostrar compasión por personas que ellos consideraban fuera de su radio de acción. Por eso el intérprete de la ley lanzó esa pregunta: porque razonaba que el prójimo es «el que está cerca de mí». Cuanto más cerca esté de mí la persona —si es de mi familia, mi religión, mi pueblo o mi raza— más obligaciones tengo con él o ella; cuanto más lejos, más puedo ignorarlo sin «faltar a mi fe». ¿Qué sería de este mundo si Dios solo ayudara a los que se relacionan con él o le agradan con su vida? El sacrificio de Cristo en la cruz por todos los seres humanos ha desterrado para siempre la idea de que el amor pone condiciones.

Cristo corrigió esa forma de pensar contando la famosa parábola. Al lado de un pagano herido pasaron un levita y un sacerdote, pero no se detuvieron porque iban camino a cumplir con «sus deberes religiosos»; luego un samaritano, a quien levitas y sacerdotes miraban con desprecio, tuvo la misericordia y el amor suficientes para detenerse y socorrer al necesitado. Ahora es Jesús el que hace una pregunta: «¿Quién fue el prójimo del que estaba herido?». Aquí Dios nos dice que la fe debe expresarse a través de actos concretos. Una fe sin obras es muerta (ver Santiago 2: 17).

Dios nos muestra que no nos corresponde a nosotros escoger quién es nuestro prójimo: dondequiera que haga falta una demostración de amor cristiano, ahí hemos encontrado a un prójimo.

El mundo necesita a personas que no pregunten quién es su prójimo, sino que se conviertan en el prójimo de todos al actuar por amor. Ve y haz tú lo mismo.



El Dios de la mejor parte

«Solo una cosa es necesaria,
y María ha escogido la buena parte, la cual no le será quitada»
(Lucas 10: 42).

Este retrato fue tomado en un día ordinario y en una escena cotidiana que se produjo en la casa de unos amigos de Jesús. Llega hasta nosotros gracias a dos hermanas, Marta y María, que protagonizaron una situación más común de lo que solemos pensar.

No sabemos si el interés de Marta era llamar la atención hacia ella, o si realmente necesitaba ayuda para quedar bien con los invitados, pero lo cierto es que María estaba sentada escuchando a Jesús, aprendiendo de él, mientras su hermana se desdoblaba para que todo en la cocina estuviera listo. Ahí vino el reclamo de Marta: «Señor, ¿no te importa que mi hermana esté sin hacer nada, escuchándote, mientras yo me mato a trabajar?». La pregunta era delicada, porque Marta no argumentó para demostrar que necesitaba ayuda, sino que hizo saber que estaba molesta con su hermana y con Jesús. Con la primera, por aprovechada; con el segundo, por permitir tal abuso. Ahora Jesús tendría que dar una respuesta que dejara claro lo que pensaba de las dos actitudes, y cuál de las dos hermanas estaba en lo correcto. ¡Y vaya si lo hizo!

En cuanto a la actitud de Marta, le hizo saber que estaba afanada y turbada con muchas cosas. Ese tipo de afán es un círculo vicioso en el que muchos caemos: ponemos tantas cosas en nuestra cabeza que nos estresamos y entonces pasan al frente emociones incómodas. El resultado es la pérdida de la paz interior, un temperamento descontrolado, palabras con potencial para ofender y el desarrollo del mal hábito de compararse con los demás.

De María, Jesús dijo que había escogido la buena parte. Fíjate que no dijo que María era mejor que Marta, sino que María escogió la buena parte: dar a Dios el primer lugar, buscar primero lo espiritual y considerar como el más alto privilegio pasar tiempo con Jesús.

Y en cuanto a su opinión personal de la situación, Jesús dijo dos cosas: «Marta, lo que haces es importante y valioso, pero no es algo de lo que depende la vida. Lo que María hace es necesario y esencial; sin eso nada funciona bien. Aunque te molestes conmigo, no le diré a María que se aleje de mí para ayudarte a ti, porque creo que eres tú quien debería estar aquí en este momento. No desaproveches nunca la oportunidad de estar conmigo y aprender de mí».

Más claro ni el agua: primero lo primero.



El distintivo de un verdadero seguidor de Dios

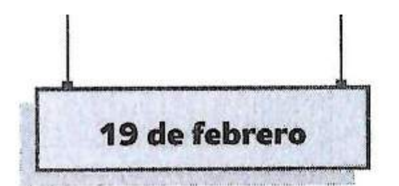
«Amad, pues a vuestros enemigos,
haced bien, prestad, no esperando de ello nada;
y vuestra recompensa será grande, y seréis hijos del Altísimo,
porque él es benigno para con los ingratos y malos» (Lucas 6: 35).

A veces creemos que hacemos algo extraordinario siendo corteses con la gente cortés, saludando con educación a nuestros hermanos, o tratando bien a quienes nos tratan bien. En otras palabras: «Si soy una buena persona con los que están cerca de mí; si soy un buen hijo o una buena hija; un buen padre o una buena madre; un buen esposo o una buena esposa; un buen amigo o una buena amiga; si tengo simpatía con mis colegas y mis hermanos en la fe, dirigiéndome a ellos con palabras bondadosas y gentileza, estoy haciendo algo digno de reconocimiento». Si pensamos así, el pasaje de hoy sin duda supone un verdadero choque.

Jesús nos dice, en el capítulo 6 de Lucas, que no hay nada de extraordinario en que un cristiano sea bueno con las personas que son buenas con él o ella, «¡también los malos se comportan así!» (vers. 32, BLP). El verdadero distintivo de un cristiano es que actúa de una manera que resultaría imposible si no habitara Cristo en su corazón. Dios espera que el perdón que damos sus hijos sobrepase al que dan aquellos que no le conocen; que el amor de los seguidores de Cristo sea un amor por principio, no por sentimiento; que nuestra generosidad sea la respuesta al agradecimiento que sentimos por la generosidad del Padre, y que no esté condicionada por la falta de generosidad que nos rodea. En resumidas cuentas, el cristiano devuelve bien por mal (vers. 35; ver también Romanos 12: 21). ¡Eso sí es extraordinario!

Para que esta manera de actuar sea una realidad en nuestras vidas, debe ocurrir un cambio en nuestra manera de pensar acerca de lo que significa ser cristiano. Ese cambio comienza con mirarnos en el retrato de la generosidad de Dios, para ver cuán lejos estamos de ser así. Y luego le sigue la necesidad de fijarnos en el ejemplo que nos dio Jesús. El ambiente que nos rodea nos enseña que amar a los que nos aman y ser buenos con aquellos que son buenos con nosotros es lo correcto, pero Jesús no pensaba ni actuaba así: él amó a los que lo despreciaron, fue bueno con los que se portaron mal con él, y sanó a quienes ni siquiera se lo agradecerían.

Los cristianos tenemos que parecernos a Cristo, que amó a sus enemigos y los perdonó. Esa es nuestra señal distintiva.



Dios es nuestro campeón

«Pero cuando viene otro más fuerte que él y lo vence, le quita todas las armas en que confiaba y reparte el botín» (Lucas 11: 22).

En mi época de estudiante, había en mi colegio un jovencito que era reconocido por todos como el más agresivo. Nadie se hubiera atrevido nunca a desafiarlo..., hasta que llegó otro muchacho que, un día, lo desafió delante de todos. Sabiendo que su reinado de terror estaba a punto de llegar a su fin, el primer joven le dijo al recién llegado que aceptaba el reto, pero que debían resolver sus diferencias sin público. Tan pronto como se fueron a un lugar aparte, el que por años había sido un abusador y al que todos le teníamos miedo, se puso de rodillas y suplicó: «Yo sé que no puedo contigo, haré lo que tú me digas, pero por favor no le digas nada a nadie». A partir de ese momento, el «fuerte» fue sometido por otro «más fuerte» que él, que llegó y lo venció, quitándole todas las armas en las que confiaba.

Esto es más o menos lo que dijo Jesús cuando lo acusaron de expulsar demonios por el poder de Satanás. Jesús explicó que él vino para derrotar al enemigo y desenmascarar su engaño. La muerte de Cristo en la cruz fue una gran victoria sobre Satanás. Al venir a este mundo, Cristo luchó contra el abusador, contra el que nos tenía a todos bajo servidumbre, y lo venció, «para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre» (Hebreos 2: 14-15).

Jesús no solo anunció ese día que nuestro Dios ha vencido a Satanás, sino que, al hacerlo, ha establecido su propio reino. Por eso dice: «Si por el dedo de Dios echo yo fuera los demonios, ciertamente el reino de Dios ha llegado a vosotros» (Lucas 11: 20). La derrota de Satanás incluye el establecimiento del reino de Dios, por eso Pablo dice a los colosenses: «Él nos ha librado de la potestad de las tinieblas y nos ha trasladado al reino de su amado Hijo» (Colosenses 1: 13).

Siendo que somos de Cristo, ya no somos siervos de Satanás. En Cristo ha sido derrotado el agresivo y abusivo enemigo; el más fuerte lo ha vencido, y le ha arrebatado el botín de las manos. Satanás ya no puede hacerte daño.

Ahora nuestro Señor es Dios, y nosotros somos sus súbditos, parte de su reino.



Dios: nuestra zona de seguridad

«El que no es conmigo, contra mí es; y el que conmigo no recoge, desparrama» (Lucas 11: 23).

Cuando era niño, solía jugar con mis amigos a un juego llamado «río o rivera». El juego consistía en lo siguiente: trazábamos una raya en el suelo, y cada lado de la raya recibía un nombre: «río» o «rivera». Todos nos poníamos de un lado de la raya, y comenzábamos a saltar o a quedarnos tranquilos en nuestros puestos en función del lado de la raya que mencionara la persona encargada de decir el nombre. La única forma de ganar era estando siempre en el lado que dijera quien dirigía el juego. Si estábamos en el lado contrario o quedábamos con un pie de un lado y el otro pie del otro, automáticamente perdíamos.

Ahora, siendo grande, me doy cuenta de que muchas personas vivimos jugando a una especie de «río o rivera» espiritual, saltando de un lado a otro o a veces quedándonos en un terreno «neutral». Sin embargo, en el gran conflicto que se desarrolla en este mundo no existe terreno neutral: debemos estar siempre del lado que indica quien dirige nuestra vida.

Dios desea que sus hijos entendamos que debemos estar bien definidos en cuanto a qué lado de la «raya» hemos escogido y a qué poder hemos decidido servir y obedecer. Los lados son dos: 1) el pecado o 2) la justicia. Los poderes son dos: 1) Cristo o 2) Satanás. Según el texto de hoy, no es posible estar en los dos lados al mismo tiempo ni quedarnos fuera de ambos. Dios te dice: «Hijo, si no estás conmigo, estás del otro lado».

Elena G. de White escribió: «Todo aquel que rehúsa entregarse a Dios está bajo el dominio de otro poder. No es su propio dueño. Puede hablar de libertad, pero está en la más abyecta esclavitud. No le es dado ver la belleza de la verdad, porque su mente está bajo el dominio de Satanás» (*El Deseado de todas las gentes*, cap. 51, p. 440). Para que una persona caiga bajo el poder de Satanás no tiene que desearlo ni mucho menos pedirlo, basta con que no acepte a Cristo y automáticamente se posiciona en el otro lado. Esto es, precisamente, lo que Dios quiere evitar que nos pase.

La vida espiritual no debe ser como jugar a «río o rivera». Nuestra única zona de seguridad es Cristo, por lo que nunca deberíamos ponernos del otro lado. Nunca deberíamos poner siquiera un pie del otro lado. Nuestra garantía está en permanecer firmes del lado del Señor.

Dios siempre está pendiente

«Ni uno de ellos está olvidado delante de Dios, pues aun los cabellos de vuestra cabeza están todos contados. No temáis, pues; más valéis vosotros que muchos pajarillos» (Lucas 12: 7).

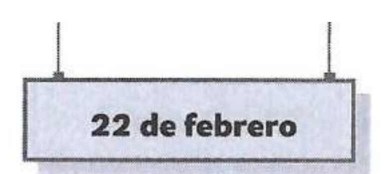
Se estima que el número de folículos pilosos, es decir, de estructuras de la piel que producen vello en el cuerpo de un adulto, es de alrededor de 5 millones, de los cuales apenas unos 100,000 se encuentran en el cuero cabelludo. Cada cabello de nuestra cabeza surge a partir de un folículo y crece de tres a cinco años, tras los cuales se cae y el folículo descansa unos tres meses antes de empezar a producir otro cabello. Como puedes ver, no es nada fácil seguirle la pista a la cantidad de pelo que tenemos en la cabeza; entre otras razones, porque es un número siempre cambiante.

El retrato de Dios que ves en el texto de hoy, que afirma que el Señor sabe cuántos cabellos hay en tu cabeza, te hace saber claramente que él se da cuenta de todo lo que sucede en tu vida, desde lo obvio hasta lo que para ti mismo es oculto; y te confirma que él nunca se olvida de ti.

La relación de Dios con su creación es tan íntima y personal que él está al tanto del más mínimo detalle. No existe situación o cambio que él no vea. Al decir que Dios tiene los cabellos de nuestra cabeza contados, Jesús nos está confirmando que el Padre nunca nos abandona. Dios no es un padre irresponsable que tuvo hijos, se fue y volvió cuando ya eran grandes; él está todos los días con nosotros, hasta el fin del mundo (ver Mateo 28: 20). Él ve nuestro desarrollo, advierte los cambios que experimentamos, por sencillos que sean, y nos acompaña en cada proceso de nuestra vida, incluidos los desiertos que atravesamos en la experiencia cristiana.

Esto es algo que Dios hace con toda su creación, desde el sencillo pajarillo que se posa en una rama, hasta los seres humanos, que somos la corona de su obra creada. Dios es alguien que jamás te dirá: «¡Cuánto tiempo sin verte! ¡Qué cambiado estás!», porque en todo momento está pendiente de ti. Tener un Dios así debe librarnos de la ansiedad y el temor.

Aun cuando vivamos rodeados de peligros, no hemos de vivir con miedo ni ansiedad, porque Dios está con nosotros. No cae un pajarillo al suelo sin que él lo note; no nace un simple cabello en tu cabeza sin que Dios se dé cuenta; te conoce tan íntimamente, está tan pendiente de todo lo tuyo, que nunca se olvida de ti.



Dios tiene su propio plan

«Él le dijo: "Hombre, ¿quién me ha puesto sobre vosotros como juez o partidor?"» (Lucas 12: 14).

Muchas personas ven a Dios como alguien todopoderoso que está en los cielos para ayudarlas a lograr sus deseos. Como piensan así, se acercan a él trayendo en su mente lo que, según ellos, Dios debería hacer para complacerlos. Un hombre que pensaba así se atrevió, en medio de una multitud a la que Jesús instruía, a presentarle un problema muy personal, de carácter legal y económico, para que Jesús se pronunciara a su favor. La respuesta del Señor fue: «¿Quién me ha puesto a mí sobre ustedes dos como juez?». En otras palabras: «¿Desde cuándo tú decides lo que yo tengo que hacer en tu vida? ¿Con qué derecho pretendes usar mi poder para resolver tus problemas personales?».

En realidad, la forma en que este hombre abordó a Jesús fue descarada y egoísta. «Pensaba que el evangelio del reino no era más que un medio para favorecer sus propios intereses egoístas» (*Comentario bíblico adventista*, t. 5, p. 776). Es evidente que no estaba escuchando a Jesús para ser transformado por las enseñanzas del Maestro, sino que solo le importaba su propia avaricia. Lamentablemente, hoy sigue habiendo personas que abordan su relación con Dios de esta misma manera. Suponen que lo ellos que desean (codician) es más importante que lo que Dios tiene reservado para ellos: el plan de la salvación. No ruegan a Dios: reclaman; no oran a Dios: exigen; no agradecen a Dios: se quejan. Creen saber cómo debe hacer Dios su parte. ¿Eres tú una de esas personas que piensan así?

Con la respuesta que Jesús dio a este hombre también nos dejó claro a nosotros que Dios no ha hecho ningún compromiso de cumplir nuestros deseos, ni de concedernos lo que le pidamos. Su plan no consiste en complacernos, sino en salvarnos; no consiste en darnos lo que queremos, sino aquello que contribuya a que su voluntad de salvación se cumpla en nuestra vida. Dios quiere que lo veamos como lo que es: no una varita mágica o una lámpara de Aladino, sino nuestro Dios, Señor y Salvador.

La verdadera religión no consiste en acercarnos a Dios para que nos mantenga felices y complacidos las veinticuatro horas del día, sino en acudir a él para pedirle que dirija nuestras vidas, guiándolas a través de todo tipo de circunstancias, de tal modo que se logre la salvación de las almas: la nuestra propia y la de todos sus hijos.

Dios trae paz a la vida de sus hijos

«Todas estas cosas buscan las gentes del mundo, pero vuestro Padre sabe que tenéis necesidad de ellas» (Lucas 12: 30).

Nuestro Dios sabe que somos seres inquietos; y puesto que él es un Dios de paz, quiere guiarnos a encontrar paz, tranquilidad y reposo en él. Jesús enseñó que es el deseo del Padre que sus hijos no vivan bajo los dañinos efectos de las preocupaciones, los temores, la angustia ni la ansiedad. Estas cosas nos suceden cuando ponemos nuestra atención exclusiva donde no debemos ponerla.

Por las instrucciones de Jesús sabemos que Dios no quiere que asuntos como la comida o la ropa lleguen a convertirse en nuestra razón de vivir; eso no debe ocupar el centro de nuestros esfuerzos. De ninguna manera el Señor está restándole importancia a estas cosas, de hecho, él «sabe que tenemos necesidad de ellas» y se ocupa de proveerlas para todas sus criaturas. Lo que Dios quiere ayudarnos a entender es que hay cosas que son más importantes, y sería dañino que no nos diéramos cuenta de esa diferencia.

Muchas personas viven en angustia y ansiedad porque se les ha olvidado que la vida es más que la comida y el cuerpo es más que el vestido. Dios no quiere que lleguemos a pensar que cuando saciamos nuestras necesidades fisiológicas ya somos personas plenas, olvidándonos de que la vida tiene también una dimensión emocional, social y espiritual. Dios no quiere ver a sus hijos obsesionados con cubrir con vestidos preciosos un cuerpo que no toma en cuenta los principios divinos para su salud o que no glorifica a Dios en lo que hace. La prioridad de Dios es que nos empapemos mentalmente de sus prioridades, y que no demos categoría de esencial a lo que no lo es.

Lo que Dios te está diciendo es que, cuando descuidas lo esencial para dedicarte a lo superficial, el resultado es angustia y ansiedad. El Dios de paz te dice: «Hijo, hija, sé sabio, sé sabia; sigue mis instrucciones para que tengas paz. Busca primero el reino de Dios, y todo lo demás te será añadido, porque yo estoy aquí. Busca el reino de Dios, porque durará para siempre; y confía en que yo me encargaré del resto» (ver Lucas 12: 31).

Si tu tesoro está en el cielo, ahí debe estar también tu corazón. Por tanto, confía en Dios. Él sabe de qué tienes necesidad y, mientras vela por cubrirlas, tú puedes dedicarte a velar por tu salvación. No te inquietes por nada.



El Dios de la gente

«Mujer, eres libre de tu enfermedad»
(Lucas 13: 12).

Es difícil de creer, pero ocurrió. Estando Cristo en una sinagoga un sábado, vio allí a una mujer que, desde hacía dieciocho años, sufría bajo la esclavitud de una dura enfermedad que la tenía completamente encorvada. No pudiendo soportar ver a Satanás esclavizando a una de sus hijas, Jesús sintió gozo en acercarse a la mujer y liberarla de ese yugo opresor. Era una escena digna de aplausos y loores a Dios; era para celebrar la presencia de alguien con tanto poder y amor; era para celebrar el hecho de que una mujer hubiera sido por fin liberada de una carga insufrible. Pero algunos presentes no fueron capaces de celebrar.

El principal dirigente religioso se enojó de que Jesús hubiera sanado en sábado (Lucas 13: 14), y se levantó muy molesto. Sí, lo has leído bien, se enojó porque la mujer había sido sanada en sábado. Luego, el dignatario reprendió a Jesús por dañarle su programa de culto sabático liberando en ese día a personas esclavizadas por Satanás. Es increíble a dónde puede llegar nuestro concepto equivocado de lo que es la religión; cómo puede cegarnos, llevándonos a maltratar a los hijos de ese Dios a quien decimos amar y servir.

Fue poco lo que le dijo ese día Jesús al dirigente religioso. El Maestro no es como nosotros, que malgastamos el tiempo mirándonos unos a otros. Aunque Jesús señaló la hipocresía del dignatario, dedicó el tiempo a explicarnos que, para Dios, ninguna religión, ningún programa, ninguna tradición es más importante que la salvación de un ser humano. Declaró también que, aunque una persona aparentemente religiosa pudiera darle más importancia a su buey y a su asno que a una mujer enferma, Dios no piensa de esa manera. Para el Señor, sanar a aquella hija suya que estaba sufriendo bajo el yugo de Satanás era una prioridad. ¿Qué hacemos nosotros, los miembros de su iglesia? ¿Damos la máxima prioridad a llevar a otros a los pies de Jesús para que sean liberados del poder de Satanás? ¿O, como el dignatario, pensamos que las formas externas de observancia de una ley son más importantes que la salvación de un ser humano?

Tal como ocurre con Jesús, la iglesia es divina pero también es humana, porque está formada por personas. Y mientras esté en este mundo, debe ser «humana» en el sentido de ser comprensiva y sensible a los infortunios ajenos. Que tengas hoy un sábado lleno de comprensión, amor y sensibilidad hacia el ser humano.

El Dios que regresará

«Vosotros, pues, también, estad preparados,
porque a la hora que no penséis el Hijo del hombre vendrá»
(Lucas 12: 40).

Cuando uno vislumbra el cuadro completo de las enseñanzas de Cristo recogidas en los Evangelios, se da cuenta de que apuntan a un desenlace inevitable: su segunda venida en gloria. En su primera venida, Jesús vino a sellar la salvación de todos los que aceptaran su oferta de vida eterna; en su segunda venida, vendrá para reunir a todos los que han aceptado esa salvación, de todas las edades y todos los lugares del mundo, y entregarles el Reino. Saber que nuestro Dios regresará debería ejercer una influencia decisiva en la forma en que vivimos mientras lo esperamos. El problema está cuando no le damos a esta realidad la importancia que debe tener para un creyente, y actuamos como el mayordomo infiel que, pensando que su señor tardaría en volver, se dio a la comida y a la bebida, es decir, a los placeres de este mundo (ver Lucas 12: 45).

Jesús nos dice: «Bienaventurados aquellos siervos a los cuales su señor, cuando venga, halle velando» (vers. 37). ¿Qué es velar? Velar es vivir como anteriormente el mismo Jesús venía señalando: evitando la hipocresía de los fariseos; no avergonzándonos de confesarlo a él delante de los hombres; teniendo cuidado de no caer en el problema de la avaricia; asegurándonos de que nuestros tesoros los estamos haciendo en el cielo y no en esta tierra transitoria; sintiéndonos confiados y sin temor porque estamos seguros de nuestra salvación en Cristo; echando toda angustia y ansiedad a los pies de él, para que nos dé paz y nos permita mantenernos vigilantes ante el regreso de nuestro Señor, que nos llevará a vivir con él. Jesús regresará. Saber este hecho debe llevarnos a actuar en consecuencia: preparándonos para ese reino que él tiene reservado para todos nosotros.

Dios se retrata como el Dios que volverá a buscarnos para llevarnos con él. ¿Por qué quiere mostrarnos esta realidad? Porque quiere que la tengamos siempre presente. Quiere que nos preparemos para ese gran día, de tal manera que lo esperemos y lo recibamos como aguarda y recibe un mayordomo a su señor que regresa. Aun cuando la venida de Cristo es un tema que pareciera pertenecer al futuro, no hay nada que haga más presente a Dios en la vida de sus hijos que el hecho de saber que pronto volverá. Por eso el Dios que regresará es el Dios del presente y del futuro, de la expectativa y la seguridad, y del cristiano militante que pronto será triunfante.

El creador de la fe

«Puestos los ojos en Jesús, el autor y consumador de la fe» (Hebreos 12: 2).

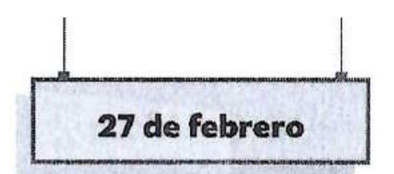
Una de las razones por las que Dios se nos da a conocer es su interés en que lleguemos a desarrollar fe en él. «Sin fe es imposible agradar a Dios, porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que él existe y que recompensa a los que lo buscan» (Hebreos 11: 6). Como ves, agradar a Dios no es cuestión de buenas intenciones; es cuestión de fe. Esto significa que es posible que estemos en la iglesia, tratando de «hacer» cosas para agradar a Dios, sin entender que si lo que hacemos no es resultado de una experiencia de fe no agradará al Señor.

Pero nuestro Dios no nos ha dejado solos en el desarrollo de la fe; por el contrario, él ha tomado este asunto bajo su control personalmente. Él es quien crea nuestra fe; él es la fuente, el autor, el fundador de la fe que tenemos. Todo lo que haya podido ocurrir para que llegáramos a conocer a Dios, para que nos sintiéramos atraídos por él, y para que tomáramos la decisión de aceptarlo, ha sido producto de influencias que él mismo ha puesto en marcha para lograr ese resultado. Nuestra fe no es hechura nuestra, es un don o regalo de Dios (ver Efesios 2: 8).

Dios no se limita a ser autor de nuestra fe y luego nos dice: «Ahora sigan adelante ustedes solos». No. Él continúa haciendo una labor incansable, día a día, para «consumar» nuestra fe. Él es quien la completa, quien la hace perfecta y madura, quien termina de pulirla. Él fortalece, renueva, mantiene, defiende, acrecienta nuestra fe. Dios sabe que, después que lo aceptamos a él, llegan momentos a nuestras vidas que ponen a prueba nuestra entrega. ¿Qué hacer entonces? Para esos momentos precisamente creó la fe.

Dios te invita a tener fe en él y te ayuda a lograrlo. Esa fe es la que te mantendrá firme en medio de las tribulaciones; la que te unirá a la fuente de salud cuando estés enfermo; la que te permitirá saber que habrá pan en tu mesa cada día; la que te dará confianza en que tus hijos serán salvos; la que te dará la certeza de que tus pecados han sido perdonados; la que te llevará a entregarte en servicio a Dios y a su iglesia, y a luchar por ser fiel hasta la muerte.

«Porque por fe andamos, no por vista» (2 Corintios 5: 7). Nuestros «ojos» están puestos en Jesús.



El Dios del juicio

«Y dijo al viñador:
"Ya hace tres años que vengo a buscar fruto en esta higuera
y no lo hallo. ¡Córtala!"» (Lucas 13: 7).

La parábola de la higuera estéril retrata a Dios como el Dios del juicio. Esta parábola es una advertencia dirigida a los creyentes que estamos ocupando un lugar en la iglesia de Cristo sin llevar ningún fruto para Dios.

La parábola trata acerca de una higuera plantada en la viña de un señor. Este señor representa a Dios, y la higuera nos representa a nosotros, que decimos ser su pueblo. No se nos presenta como un árbol silvestre desprovisto del cuidado y la atención de manos expertas; al contrario, somos árboles privilegiados, plantados en la viña del Señor, que es su iglesia, donde el agricultor divino nos cuida, nos abona y limpia las malezas de alrededor. Pero, como es de esperar, nadie invierte esfuerzo, tiempo y recursos en plantar y cuidar un árbol frutal si no es porque espera recibir, a su debido tiempo, los frutos que debe dar. La analogía es clara: Dios nos ha traído a su pueblo, a su iglesia, a su «viña» (ver Isaías 5: 7), para que llevemos fruto para él. Vemos esto claramente expresado en Romanos 7: 4: «Así sucede también con ustedes, hermanos míos: por estar unidos a Cristo, están muertos para la ley. Y esto, a fin de que ahora estén unidos a aquel que resucitó de entre los muertos, para producir buenos frutos para Dio» (NBV).

¿Por qué quiere Jesús que llevemos buenos frutos? Porque «en esto es glorificado mi Padre: en que llevéis mucho fruto» (Juan 15: 8). Por eso, cuando el dueño no encontró frutos en la higuera, se decepcionó y ordenó que la cortaran. Después de todo, el árbol estaba inutilizando una tierra que podía ser ocupada por uno que fuera productivo. De igual manera, los creyentes debemos entender que nuestra pertenencia a la iglesia es un privilegio y una responsabilidad: tenemos la oportunidad de llevar frutos para Dios. Pero si no la aprovechamos, lo que tenemos nos será quitado y le será dado a otro. Tan cierto como que Dios nos ama, nos cuida y nos protege, espera que nuestra vida glorifique su nombre llevando frutos.

Un día, el Señor de la viña vendrá a comprobar si hemos dado fruto; ese día, el Dios de amor será también el Dios del juicio. Antes de que sea demasiado tarde y haya que usar el hacha para cortarnos de raíz, aprovechemos el privilegio y demos frutos para Dios.

Dios intercede

«[El viñador] le dijo: "Señor, déjala todavía este año, hasta que yo cave alrededor de ella y la abone» (Lucas 13: 8).

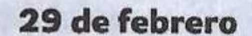
La segunda parte de la parábola de la higuera estéril retrata a Dios como el que intercede por nosotros; y lo retrata a través de un personaje: el viñador.

El viñador representa a Jesús, que intercede ante el señor de la viña para que no sea cortada aún la higuera estéril. Él espera que sus cuidados adicionales ayuden a que el árbol dé fruto. ¡Qué cuadro hermoso de la obra de intercesión que realiza Cristo por nosotros! El viñador celestial intercede a favor de los creyentes para presentarnos limpios y sin mancha ante el Señor de la viña (ver Judas 1: 24-25).

«Déjala todavía este año, hasta que yo cave alrededor de ella y la abone». Esta intercesión expresa el interés personalizado, el compromiso y la disposición a ayudar que tiene Cristo. Cuando él intercede, se compromete a trabajar muy de cerca con y en nosotros, para cambiar la situación que está poniéndonos en peligro espiritual. Fíjate en que el viñador no habla de lo que hará la higuera, sino de lo hará él. La higuera solo tiene que responder al trabajo del viñador. Él será quien la cerque y la abone; y esto la fortalecerá, la sanará, la ayudará a dar fruto. Esto nos dice que la obra de la salvación pertenece a Dios de principio a fin. Dios es quien nos planta en su viña; Dios es quien nos cuida; Dios es quien nos protege y nos limpia; y aun cuando merezcamos ser cortados si no llevamos fruto, él de nuevo intercede y sigue trabajando en nosotros hasta que llevemos fruto.

El viñador cava y abona a través de la obra del Espíritu Santo, la oración, la lectura de las Sagradas Escrituras y los dones espirituales que nos concede. Pero hemos de entender una cosa: el viñador no pide que el juicio sea suprimido. Él sabe que es justo cortar la higuera; lo que solicita es que se extienda el tiempo de gracia antes de que se aplique el juicio. Esta gracia no es para que la higuera sienta que ya no corre peligro de ser cortada, sino para que se concentre en cumplir con el propósito por el cual fue plantada. Cuando ese tiempo de gracia se cumpla, el dueño volverá a ver los resultados, y dará la sentencia que corresponda. El mismo intercesor es claro en sus palabras: «Si da fruto, bien; y si no, la cortarás después» (Lucas 13: 9).

Aprovechemos la extensión del tiempo de gracia.





Algo en lo que Dios se complace

«No temáis, manada pequeña, porque a vuestro Padre le ha placido daros el Reino» *(Lucas 12: 32).*

El Dios de la gracia es el que ha quedado retratado para nosotros en este versículo. Ese Dios nos conoce; sabe que somos propensos a sentir temor. Y de todos los temores que nos acechan, hay uno que él quiere evitarnos a toda costa: no quiere que nos sintamos inseguros acerca de la salvación. Dios quiere que te sientas seguro de que te ama; que no tengas dudas de que está contigo; que nunca cruce por tu mente el pensamiento de que no va a ayudarte. La certeza de su amor por ti echará fuera el temor (ver 1 Juan 4: 18).

El Dios de la gracia nos llama «manada pequeña» porque sabe que, tal y como están las cosas en este mundo, los que hemos decidido servirle y amarle somos minoría. Pero, aunque los que llevamos el nombre de cristianos somos pocos y en ocasiones vulnerables, él se complace en darnos el Reino. Si somos su «manada pequeña» somos ovejas de su prado (ver Salmo 100: 3) y, como nuestro Pastor, él ha dado su vida por nosotros (ver Juan 10: 11). Con él como pastor no importa que seamos pequeños, porque nada depende de nosotros sino del que está con nosotros.

El Dios de la gracia nos dice que él es nuestro Padre, lo cual nos convierte en sus hijos y, como bien sabes, los hijos heredan todo lo que pertenece a su padre. Pablo dice que «en él asimismo tuvimos herencia [...] conforme al propósito del que hace todas las cosas según el designio de su voluntad» (Efesios 1: 11).

El Dios de la gracia nos dice que a él le ha placido darnos el Reino o, como traducen otras versiones de la Biblia, «le da mucha felicidad entregarnos el Reino» (NTV). Darnos el Reino es el gran gozo, el mayor deseo, la inmensa felicidad de nuestro Dios; es algo con lo que él sueña, que quiere ver hecho realidad.

Si podemos recordar siempre que nuestro Padre es el Dios de la gracia, es decir, que nos da lo que no merecemos, lo que no hemos ganado, lo que no hemos trabajado; si podemos recordar que a él le hace feliz darnos el Reino, entonces dejaremos de sentir temor, ya que viviremos con la completa seguridad de nuestra salvación. Porque Dios envió a su Hijo al mundo para que el mundo sea salvo por él (Juan 3: 17).



Qué agradable es ver fotografías de nuestros seres queridos. Abrir el álbum familiar y, con un solo vistazo, recordar cómo éramos, dándonos cuenta de cómo hemos crecido y reafirmándonos en los lazos de amor que nos unen a las personas retratadas.

La Biblia es una especie de álbum; un conjunto de retratos que nos permite asomarnos a ver cómo es Dios. Gracias a cada uno de esos retratos podemos descubrir sus rasgos de carácter, y conocerlo más y mejor.

Así es Dios te invita a...

- contemplar esos retratos de Dios que encontramos en las Escrituras;
- hallar en ellos inspiración para llegar a parecerte cada día más a él; y
- confirmar los lazos de amor que te unen al Creador.

Con estas reflexiones te recrearás contemplando a Aquel que es amor, verdad, vida, perdón, empatía, santidad, paz, seguridad, sabiduría, provisión, fidelidad, aceptación, ayuda, respeto, libertad, gozo..., y tantísimo más. Disfrutarás observando a tu Creador, Redentor y Rey; al gran Médico y buen Pastor que quiere que lo conozcas como realmente es, acercándote a mirarlo por ti mismo.



Roberto Herrera tiene un doctorado en Ministerio Pastoral por la Universidad Andrews y una maestría en Administración y Liderazgo por la Universidad de Montemorelos. Cuenta con más de treinta años de experiencia como pastor de la Iglesia Adventista, en la cual ha servido en todos los niveles: pastor de iglesia, departamental y administrador.

Es autor de varios libros publicados por este mismo sello editorial, entre ellos *Soy miembro de la iglesia, ¿ahora qué hago?*, así como coautor, junto con Alejandro Bullón, de *Aprendan de mí*. Además, escribe una sección fija mensual en la revista *Prioridades*.